

LA LUZ DEL PORVENIR

Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Etrangero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta ;

SUMARIO:—¿Estamos en lo cierto?—Plegaria.

¿ESTAMOS EN LO CIERTO?

Nada tan discutido en nuestros días como la cuestión de si la mujer debe estar recluida en el hogar, sin relaciones con la sociedad, ó si ésta la necesita para concertar la armonía del espíritu y avivar el sentimiento de la idea. Lo que unos creen necesidad social y principio de todo progreso, otros lo consideran peligro moral y ataque á las buenas costumbres.

Confuso laberinto de ideas y juicios, que apenas si se atreve á discernir la parte interesada en ésta controversia, Inconscientemente, con esa intuición prodigiosa que le es propia, parece inclinarse á que su soberanía de reina en el hogar no la prive sus derechos como mujer en el mundo.

Quisiéramos entrar en materia para preguntar á los hombres de sentimiento, de inteligencia y de razón, si sus deseos son justos y levantados, ó apreciaciones absurdas é irrealizables. Probemos á pesar de nuestras escasas fuerzas.

Desde Eva, la mujer de la tradición, hasta la de nuestras cultas sociedades, la historia nos hace tener siempre presente cuánto estos seres han sufrido en las mil transformaciones de las épocas en que vivieron.

Vemos aquellas de los tiempos prehistóricos tan cerca de la naturaleza que casi llegaban á confundirse con las especies inferiores; después luchar con los elementos y cultivar la tierra para atender al sustento diario é indispensable; seguir á la tienda nómada siempre errante por el desierto y apercebida á todos los peligros; llenar los harenes de los tiranos encenegados en todos los vicios; recluirse en los gineceos de sus esposos y dignificarse más tarde como predilecta y legítima mujer del hombre. Así llegan á nuestros días con este hermoso título, pero sin tener ese comercio intelectual con el mundo que, sin duda habia de reportar una ganancia social inmensa y por todo extremo provechosa.

Nos detenemos á la puerta de los asiáticos harenes, centros de embrutecimiento moral, engendrado en la despótica ley de las castas que cegaba con su luz absorbente la natural de aquellas pobres mujeres, presa codiciada de los poderes disolutos, cual la dulce, tierna paloma del feroz y astuto milano. Poco bien podian hacer á las humanas generaciones aquellas criaturas lejos del trato social, circuído su entendimiento de la sólida muralla de la ignorancia, por el aislamiento en aquel su hogar, ó más bien, su triste aunque dorada jaula. La misma reclusion las hacía abandonarse á su indolencia pernicioso; el vicio y la voluptuosidad las llevaba á los celos de puro instinto brutal y satánica venganza; la absoluta carencia de derechos sobre los hijos las volvía insensibles y desnaturalizadas; la falta de relaciones exteriores las acostumbraba á ser por todo extremo insociables. De los harenes pasamos á los gineceos griegos, mansion mis-

teriosa, donde la esposa guardaba el perfume de la ilusión y el fuego ferviente del amor. Mas respetada que la esclava, pues ésta era juguete común y aquella legítima propiedad y templo inviolable, pudo acercarse más á las santas leyes de la moral, llamándose única mujer de un solo hombre; pero su mismo aislamiento la privaba de facilidad para educar su razón y más para ser educatriz de sus hijos, que se hacían indiferentes á medida que ella era ignorante.

Cuando la memoria pone ante el pensamiento esos seres copartícipes de las mil penalidades del noviciado en la vida de los pueblos, que no otra cosa podría llamarse el vivir en los primitivos tiempos; cuando las vemos oprimidas y esclavas, desterradas del mundo intelectual, solas en sus afectos, y á pesar de todo, con su esfuerzo, con su voluntad, con su amor, ir regenerando la humana sociedad, penetrando hasta el sentimiento del hombre, nos convencemos de que la mujer, por la inteligencia, ha ido preparando una serie de redenciones que nos ha de llevar á una plena emancipación del espíritu. Si aquellas mujeres, acosadas de continuo por el despótico dominio de hombre, por el rudísimo trato, por las casi salvajes costumbres, sintieron en sus almas el amor y en su cerebro la idea, ¿qué les pasará á las de éstas modernas sociedades arrulladas á medias por las tendencias del siglo? Ansiando romper la valla de la antigua tiranía, quisieran probar á los enemigos de su emancipación que solo es temible y perturbador su poder en el fanatismo y la ignorancia, no en la luz de la clara razón. Así las encontramos buscando anhelantes horizontes nuevos en el pensamiento, que den á su vida intelectual el vigor que necesitan para nutrir su inteligencia.

Este anhelo, necesariamente ha de traer el cultivo y el desarrollo del humano espíritu, que viene germinando desde hace siglos, para florecer con notable crecimiento en el nuestro. Pero todavía falta arrancar la cizaña que en todos terrenos nace con la buena y productiva hierba. La influencia del negro oscurantismo, se interpone entre la mujer, que es la idea y el Progreso, que es su creador. Matando sus más tiernos sentimientos con el egoísmo, perturbando sus juicios con la superstición, envenenando sus puras y santas creencias con el fanatismo religioso, oscureciendo su entendimiento con falsedades hipócritas, pretenden resucitar aquellas infaustas edades en que las teocracias se incautaban hasta del sentir y pensar de esa parte débil del humano linaje. ¿Lo permitirán nuestros hombres del porvenir? No. Ellos saben que la mujer es idónea para amar y sentir, apta para entender y educar, susceptible de obediencia é ilustración. Pero esto que está en su organización especial, en su natural complejión, en sus facultades todas, es preciso reforzarlo dando luz á su inteligencia, energías á su espíritu, nociones de su misión en la tierra. Apartándola de la mentira que envenena, seguirá á la verdad que vivifica. Lejos de perderse en el mundo del espíritu entrará en posesión de su soberanía, siendo primero diosa en el hogar, y después sacerdotisa en el universo. Y á esto tienden los hombres más pensadores á la vez que más humanos. Concedores de que el ser más sociable es más culto, y al ser más culto es más digno, y al dignificarse se llega á la perfectibilidad, difunden por do quiera la luz para que la recoja el alma de la mujer, cuyos resplandores avivarán el fuego sagrado de las humanas generaciones.

Cada período del tiempo lleva en sí sus necesidades sociales, como cada cosa tiene su punto en el espacio. La edad presente necesita del concurso de todas las fuerzas creadoras, para dar impulso al movimiento de avance en el curso progresivo de las ideas. Así como en el seno del hogar nacen los más grandes sentimientos y las más grandes virtudes, inspiraciones del amor, del seno de las sociedades provienen las grandiosas ideas y las sublimes enseñanzas, revelaciones de la verdad. De aquí el que la sociedad y el hogar necesiten esas relaciones íntimas, esa correspondencia mútua para transmitirse sus inspiraciones respectivas y fundirlas en una sola aspiración: la dicha

de todos, el bien universal. Y para ello precisa la cooperación de la mujer por su instinto prodigioso, por su imaginación viva, por su natural amoroso, por su altísimo ministerio. La mujer es el fundamento material de las sociedades, porque da vida á los seres, y es el fundamento moral porque los educa. En la cuna empieza á enseñarles el amor, en la infancia la caridad, en la adolescencia el bien. Hé aquí por qué debe rebasar el hogar en busca de conocimientos para traer al hogar mismo la luz de donde irradian esas luminosas fulguraciones en que se bañan las almas y se templan los corazones. ¿Creeis que porque avive su inteligencia va á amenguar su amor? Antes se sublimará en contacto con la razón: ¿Se figuran los refractarios á su ilustración que en su vida social, en la que solo busca instrucción, luz para sus pensamientos, va á desatender su casa, abandonar su familia, olvidar sus deberes? ¡Error grave! Rara vez se observa que la conciencia se revele en contra de lo justo y razonable. La mujer, y solo la mujer instruída é inteligente, ha de dar á las nuevas generaciones el poderío de su grandeza, imprimiendo en ellas el sello sagrado de amor y redención. ¿Quién sino ella sabe cincelar las almas y formar los corazones? ¿Quién inculcar las ideas y grabar los pensamientos? ¿Quién dar formas más bellas á las consejos más útiles? Si esto es verdad, dejadla que se instruya engrandeciéndose; que se complete, completándose. No temáis que emancipándose os usurpe vuestros derechos, los suyos serán vuestra mejor garantía. La sociedad que ayer la rechazaba, hoy debe abrirla sus puertas: es un sér que constriñéndole se embrutece, ilustrándole se transfigura porque se dignifica. La mujer, pues, debe vivir en la sociedad como el hombre.

Además, tiene que penetrar en esa sociedad por la material necesidad que la lleva á librarse de la miseria y el vicio. Los tiempos en sus necesarios progresos van arrojando unas costumbres para constituir otras. En aquellos en que la mujer era esclava de otro, ese otro se cuidaba de proveer á las necesidades de su vida, como hoy se cuida el amo de un animal doméstico. Esclava, sierva, ó señora del hombre, pero siempre opresa, su existencia material estaba á cargo de aquel que quería llevara á sus dominios. Hoy su voluntad está sobre todas las tiranías y el matrimonio la redime de la fuerza por el amor. Más ¡ay! que la pobre no ha recorrido todavía su calvario.

En todas las evoluciones sociales cada paso hacia el progreso cuesta á la humanidad una infinidad de víctimas. La víctima es hoy la mujer, luchando con las preocupaciones de esa gran parte de la sociedad que señala con el dedo á aquella que busca su independencia por el trabajo y el estudio. Hoy que los matrimonios escasean, por causas que no es del caso tratar, ¿que harán ese considerable número de mujeres, ricas bajo el amparo de sus padres y esposos, indigentes cuando la muerte se les arrebatara? La hija del artesano trabajador, ya viejo; la huérfana del militar de poca graduación; la viuda del modesto empleado, ¿dónde irán que no les persiga la miseria, sino las abate la prostitución? ¿Han pensado en esto los hombres que no se cansan de repetir que la mujer solo debe ocuparse de ir á misa y de los quehaceres de su casa? Dichosa mil veces aquella que puede acogerse al sagrado de su hogar y sin que la persiga la monstruosa figura de la pobreza, mucho más sensible cuando nunca se ha sentido. No se crea que abogamos porque este sér delicado, débil, atacado de continuo por dolencias propias de su organismo, sensible á las rudezas del trabajo, se lance en todas las ocasiones á la vida activa como el hombre. Queremos sencillamente, y con justicia, que no se haga de la mujer un sér inútil ó nocivo cuando la necesidad ó la fuerza de las circunstancias se le impongan. Lo esencial es que haya espacios inmensos en el mundo donde pueda moverse, primero su actividad intelectual, y después la material si es preciso. Los más retrógados, en este sentido, acatan y respetan á la maestra de niñas, ¿por qué no habían de consentir y atender, á su juicio, á la que se encargara

de una farmacia que, después de sus estudios, había de llenar mejor su cometido que el hombre, así por su exquisita delicadeza como por su paciencia extrema?... ¿Es que atienden más á las rutinarias costumbres que á las conveniencias sociales? Si así fuera, nunca saldríamos del círculo vicioso que todo lo amortiza con su espantoso quietismo.

Cuando vemos en los comercios hombres en lo más lozano de su mocedad consumir el tiempo detras de un mostrador, papel enteramente opuesto á su temperamento y natural actividad, casi siempre pensamos en la mujer joven y falta de apoyo. ¿No es ridiculo en una tienda de modas ver un muchacho que pudiera entregarse al comercio en grande escala, sacar cintas y bordados, y sedas y pasamanerías, convirtiendo su pensamiento á la frívola combinación del adorno de un traje? ¿No sería más propio de la mujer la elección de un color que sentara bien á la rubia ó la morena, á la joven ó la vieja? Infinidad de ocupaciones, que hoy son de la exclusiva incumbencia del hombre, debian pasar á manos de la mujer, más apta que él mismo, para desempeñarlas. ¡Cuántos males se curarían extirpando la holganza ó facilitando el medio para combatir la pobreza!

¡Compasión para las pobres siervas de nuestros días! Si ayer dieron un paso hacia su redención por el amor, que terminen hoy su camino por la instruccion y el trabajo, meta adorada que con tan noble afán persigue la mujer que empieza á pensar.

A los hombres honrados y de buen sentido les preguntamos: ¿Estamos en lo cierto?

LUISA CERVERA.

PLEGARIA

Pocas veces Señor hasta tí elevo
Mi férvida oracion, porque en mi vida
De azares y miseria, no me atrevo
A elevarte mi voz desfallecida.

Yo sé, que tu justicia es inmutable,
Yo sé, que tu grandeza es sobrehumana,
Yo sé, que tu creacion es admirable,
Y que la vida eterna de tí emana.

Yo sé, que si padezco, es merecido
El horrible dolor que me tortura;
Yo sé, que si me olvidan, di al olvido;
Yo sé, que es expiacion mi desventura.

¿A qué rogarte, pues, si de tus leyes
No puedes alterar lo que has creado?
Si igualas á los siervos con los reyes,
Y á todos el progreso has otorgado?

¿A qué perder el tiempo en oraciones
Si con rogar el hombre no adelanta?....
Qué inútiles serán las contricciones
Si el YO en su libertad no se levanta.

Esto pensaba, y con ardiente anhelo
Trabajaba mi espíritu animoso;
Y al espacio tendía su ráudo vuelo
Que de luz y de amor estaba ansioso.

Mas hoy señor, me encuentro confundida,

No soy la que era ayer, absorta quedo;
Veo un abismo profundo ante mi vida.....
¿Qué siento?..... no lo sé; más tengo..... ¡miedo!....

Un miedo horrible, sí; yo me pregunto
¿Conservo mi razon libre y serena?
¿No me preocupa imaginario asunto?
¿Me llegó á enloquecer mi propia pena?
¿Por qué vacilo y tiemblo, sin que el llanto
Resbale por mi rostro macilento?
¿Por qué siento en mi sér horrible espanto?
¡Ilumina Gran Dios mi pensamiento!

¡Dame luz! ¡mucho luz!..... tú ves mi anhelo,
Yo quiero progresar, yo necesito
Que mi razon osada tienda el vuelo
Por el inmenso mar del infinito!

Yo Señor en la vida de ultratumba
Encontré la verdad de tu grandeza;
Y mi razon no quiero que sucumba
Cuando valiente á levantarse empieza.

Yo no quiero de absurdas religiones
Encontrar hoy las infecundas huellas;
Yo quiero derribar las tradiciones
Con el polvo de luz de las estrellas.

Yo no quiero leyendas religiosas,
Yo no quiero el estéril fanatismo;
No quiero narraciones milagrosas,
Porque estas, solo dan oscurantismo.

Yo quiero que los séres invisibles
Que inspiren mi agitado pensamiento,
Me hagan ver que no existen imposibles
Para el que luchar sabe con talento.

No quiero de ultratumba bendiciones,
Ni quiero religioso formalismo;
Porque esto es aumentar aberraciones,
Y darle nueva vida al fanatismo.

No es el Espiritismo el encargado
De levantar mas ídolos y altares;
¡Atrás pálidas sombras del pasado!
Ya no son vuestros los terrenos lares.

Ya la razon avanza presurosa
Invadiendo gozosa la conciencia;
Ya fulgura la luz esplendorosa
Del astro refulgente de la ciencia!

Y todos los sofismas religiosos,
Cual hojas secas que arrebatara el viento,
Huyen á los lugares tenebrosos
Donde no se conoce el sentimiento.

Allá, donde las tribus van errantes
Llevando de sus muertos los despojos;
Allá, donde los ódios imperantes
Entre hermanos despiertan los enojos.

Allá, donde los hombres se destrozan
Y devoran los restos del vencido;
Allá, dó los salvajes se alborozan
Harán las religiones nuevo nido.

Porque allá, son sus ritos necesarios,
Allá, su formalismo es conveniente;

Allá, deben quemarse en incensarios
Perfumes ante el Sér omnipotente.

Allá, se deben levantar altares
Con la imágen de un Dios crucificado;
Y ante él alzar los fieles sus cantares,
Diciendo:—¡qué sea Dios glorificado!

Allá, las milagrosas tradiciones,
La mortificacion de los ascetas;
Allá, podrán vivir las religiones
Con su cohorte de Santos y profetas.

Mas no aquí donde el genio se levanta
Y le dice á la ciencia: "Dame aliento,
Yo quiero dejar huella de mi planta
Alzándote glorioso monumento."

"Yo quiero unir los pueblos desunidos
Por los azares de infecunda guerra;
Yo quiero libertar los oprimidos
Que gimen en los ántros de la tierra."

"Yo quiero difundir la luz bendita
Que destruye el fatal oscurantismo;
Que la razon del hombre necesita
Levantarse del fondo de un abismo."

"De un abismo insondable, y tan profundo,
Que contemplarle solo causa espanto;
Ven, suprema verdad, ¡reina del mundo!
¡Cubre á la tierra con tu hermoso manto!"

Esto dice el progreso en el presente,
¡La razon soberana centellea!
El ánsia de saber se alza potente

Y el YO dice arrogante: ¡La luz sea!

Y todo cuanto evite alzar el vuelo
A la humana razon en nuestros dias,
Me inspira repulsion; porque recelo
Que lleguen otra vez horas sombrías.

Y harto tiempo ha gemido esclavizada
La humanidad creyendo mil errores;
¡Atrás sombras de Arbués y Torquemada!
Que la verdad difunde sus fulgores.

No vengais con ocultas asechanzas
Y en comunicaciones amorosas,
Prodigueis engañosas alabanzas
A las almas sencillas y piadosas.

No tendais vuestra red, porque es aleve
La menguada intencion que sustentais;
Vuestra loca ambicion todo lo mueve
¡Hasta despues de muertos trabajais!

Quereis resucitar aquel pasado
De santos, de milagros y prodigios;
Sin recordar que todo ha caducado,
Que el tiempo se ha llevado los vestigios

De aquellas mentirosas santidades
Que á las naciones tanto embrutecieron,
¡Hoy la ciencia es la luz de las verdades!
¡Los santos de sus tronos descendieron!

Y sobre sus altares derruidos
Se levanta gigante observatorio;
Y en él, los verdaderos elegidos,

Los que niegan infierno y purgatorio.

Contemplan con asombro el firmamento,
Van contando y sumando las estrellas;
Diciendo con sublime arrobamiento:
¡Dios vá dejando de su paso huellas!

¡Qué grande es Dios! atónita la mente
No puede describir grandeza tanta;
¡Su mirada es la luz que hay en Oriente!
¡Los mundos van brotando trás su planta!

Esta es la religion de nuestros dias,
Espíritus que amais el retroceso;
Que pronuncias mentidas profecías,
Que deteneis la marcha del progreso.

Que acudís á reuniones familiares
Y á séres ignorantes dominais,
Diciendo que sois génios tutelares
Y con torpe intencion fanatizais

A los médiums sencillos y creyentes
Que hasta sufren gozosos la dolencia
Que en su cuerpo causais: ¡pobres dementes!
¡Qué mal emplean los dias de su existencia!

Para seguir las mismas tradiciones,
Para entrar en un nuevo mistiscismo,
Para crear insensatas religiones,
Para hundirme otra vez en nn abismo.

No quiero de los séres de ultratumba
El escuchar sus pérfidos consejos;
No quiero no, que mi razon sucumba,
Quiero luz! ¡mucha luz! ... ¡lejos!.... ¡muy lejos!....

De mí, las : sechanzas invisibles
Que vayan dominando mi conciencia;
Sus hilos aunque son imperceptibles
Forman tupida red, y en la impotencia

Dejan á los que incautos se doblegan
A la dominacion de los que fueron;
Y en aguas de opresion tristes navegan
Los que su libertad no defendieron.

¡Señor! si es que tú escuchas las plegarias
Que á tí elevan las almas doloridas,
Que viven sin amparo, solitarias,
Y en tí piensan al verse desvalidas.

Escúchame, Señor, yo te lo imploro,
No te pido grandezas, ni placeres;
No quiero que me des ningun tesoro,
Mas sí que me libertes de esos séres

Que vivieron ayer en la impostura
Y siguen trabajando por su credo,
Con la ciega ambicion de su locura;
Porque sus asechanzas me dan miedo.

Porque he visto á hombres serios y sensatos
Siguiendo rutinarios formalismos;
Y más que espiritistas, son beatos
Que pierden la conciencia de sí mismos.

Y ciegos, obedientes y sumisos
La voz de los espíritus escuchan,
Y en todas sus acciones indecisos
Estacionados quedan, mientras luchan

Los que conservan libre su albedrío,
Los que no han abdicado sus derechos,
Los que tienen en sí bastante brío
Para ser responsables de sus hechos.

De estos quiero yo ser, vivir luchando,
Estudiando, pensando y aprendiendo.
Yo misma mi presente rescatando
Y mi pasado en el olvido hundiendo.

¡Concédeme Señor lo que te pido,
¡Oh! tú que en los espacios centelleas!
¡Tú que al trueno le diste el estampido,
Déjame lucidez en las ideas!

No permitas que espíritus rastreros
Me halaguen con palabras amorosas;
Diciéndome que con los mensajeros
Que harán revelaciones asombrosas.

No me acerques á astutos religiosos
Que quieran dominar mi inteligencia;
Yo sé que los momentos son preciosos
Y no quiero perder esta existencia.

Qué hartos siglos sin duda habré perdido
Cuando tan sola y triste me he encontrado;
Sin poder fabricar mi pobre nido,
Ni la sombra tener de un hombre honrado.

Quiero en contacto estar con almas buenas
Que me den evangélicas lecciones;
Quiero el consuelo ser de muchas penas,
Quiero aliviar inmensas aflicciones.

Quiero prestar á seres indigentes
Mis euidados, constantes y prolijos;
Quiero amar á los niños inocentes,
Quiero ver en los huérfanos mis hijos.

Esto anhelo, Señor, porque ambiciono
Comprender tu grandeza soberana;
Y sé, que si mi Sér no perfecciono
Nada puedo esperar de mí mañana.

Y yo quiero subir, tender mi vuelo
Para ver las magníficas regiones
Que brillan en las bóvedas del cielo:
Que llamamos aquí constelaciones.

¡Mundos llenos de luz y de poesía,
Donde deben vivir humanidades
Que admiren en su gran sabiduría:
La suprema verdad de las verdades!

Esto anhelo, Señor, esto te pido
Confianza en tu justicia sobrehumana;
¡Quiero hundir mi pasado en el olvido!
¡Quiero ser Redentor en el mañana!

Acoge la plegaria dolorida
Que á tí eleva en sus cuitas un proscrito;
Solo tú saciarás mi sed de vida:
¡Porque eres el raudal del infinito!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.